

Jalna

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Jalna*

En cubierta: ilustración de © The Artchives/Alamy Stock Photo

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Estate of Mazo de la Roche, 1927

© De la traducción, Carlos Jiménez Arribas

© Ediciones Siruela, S. A., 2021

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

www.siruela.com

ISBN: 978-84-18708-20-6

Depósito legal: M-5.584-2021

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Mazo de la Roche

JALNA
LA SAGA DE LOS WHITEOAK I

Traducción del inglés de
Carlos Jiménez Arribas

 Siruela

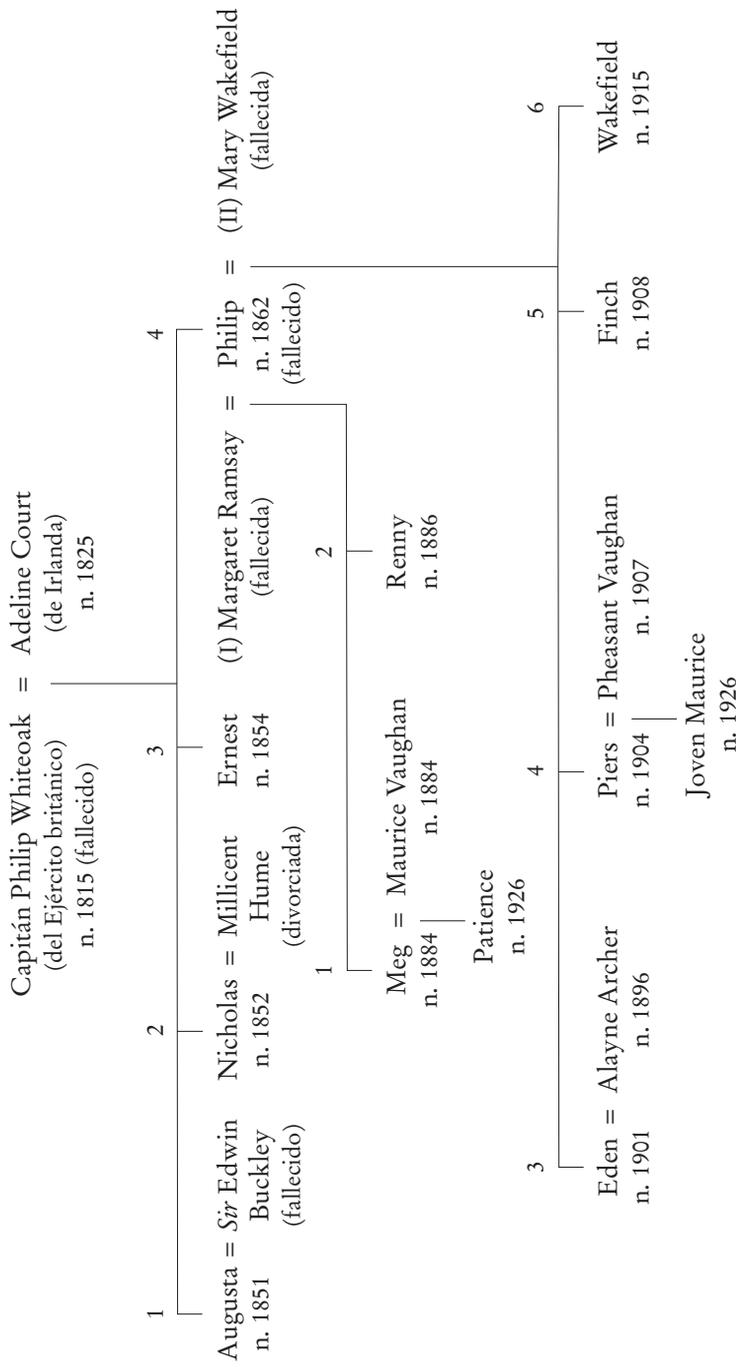
Nuevos Tiempos

Índice

I	La carrera	13
II	La familia	29
III	Ernest y Sasha	53
IV	Nicholas y Nip	61
V	Piers y su amada	71
VI	Pheasant y Maurice	88
VII	Piers y Pheasant se casan	100
VIII	Bienvenidos a Jalna	110
IX	Eden y Alayne	127
X	Alayne y la vida	142
XI	Mi amada, la del alba es	150
XII	Bienvenidos de nuevo a Jalna	159
XIII	Jalna de puertas para adentro	169
XIV	Finch	201
XV	Más cosas sobre Finch	211
XVI	«Si el árbol cae al mediodía o al norte, allí quedará»	222
XVII	La carrera del peregrino	246
XVIII	Con viento y lluvia	270
XIX	Una variedad de escenas	286

XX	Los alegres caballeros	312
XXI	Eden y Pheasant	339
XXII	El cumpleaños de Wakefield	347
XXIII	Noche de junio en Jalna	367
XXIV	La fuga de Pheasant	382
XXV	La cabaña del músico escocés	397
XXVI	El cumpleaños de la abuela	410

LA SAGA DE LOS WHITEOAK



A la memoria de mi padre

I

La carrera

Wakefield Whiteoak corría que se las pelaba, cada vez más rápido, hasta que ya no pudo más. No sabía por qué había apretado el paso de repente. Ni siquiera por qué corría. Cuando se tiró en el prado, con la cara pegada al césped recién salido esa primavera, olvidó por completo que había estado corriendo, y notó la presión de la mullida hierba contra la mejilla; notó también el corazón, que le latía con fuerza en la caja torácica, y la mente en blanco. No era ni más ni menos feliz que el viento de abril que le recorría, presuroso, el cuerpo; ni que la hierba recién brotada, henchida de vida. Solo sabía que se sentía vivo, joven y con la necesidad acuciante de entregarse al ejercicio vigoroso.

Fijó la vista en la hierba y vio el afán de una hormiga que portaba una mota blanca, a toda prisa entre las tupidas briznas. Clavó un dedo en la tierra, aventurando lo que haría el insecto cuando hallase el camino bloqueado por una alta torre que le impedía el paso. Era de sobra conocido que las hormigas no cejaban nunca en el intento. Quizá fuera dedo arriba y le recorriera la mano. Pero no: antes de rozar el dedo, se desvió y buscó sin demora una vía alternativa. Volvió a interpo-

nerse en su camino, pero la hormiga se negaba a subir por el dedo. Insistió. La hormiga no cedía. Acosada e inquieta, sin soltar el pequeño fardo blanco, no consentía que la obligaran a hollar la carne humana mediante engaño o presión. ¡Con las veces que le habían recorrido el cuerpo cuando menos lo había querido! Una vez hasta se le metió una en el oído y casi lo vuelve loco. De sopetón, se sentó con un mohín en la hierba, agarró la hormiga entre el pulgar y el índice y la plantó sin miramientos en el dorso de la mano. La hormiga soltó la carga y no dejó de mover las patas en el aire y retorcerse. Sufría lo indecible, al parecer. La arrojó lejos de sí, con una mezcla de asco y vergüenza. Le acababa de fastidiar el día a la estúpida hormiga. A lo mejor acabaría muriendo.

Se puso a buscarla, frenético. Ni rastro del insecto ni de su carga, pero un petirrojo rompió a cantar, posado en una rama de ciruelo silvestre mecida por el viento. Llenaba el aire de hondas notas muy elaboradas, las lanzaba a la luz radiante del sol, como un puñado de monedas que chocaban entre sí. Wakefield fingió que apuntaba con un rifle imaginario apoyado en el hombro.

—¡Pum! —gritó, pero el petirrojo siguió cantando, como si no hubiera oído ningún disparo.

—Oye, tú —dijo Wakefield, decepcionado—, ¿no ves que estás muerto? Los pájaros muertos no cantan, te lo aseguro.

El petirrojo echó a volar y se posó en la rama cimera de un olmo, y allí cantó todavía más alto, mostrando al mundo lo vivo que estaba. Wakefield se tumbó otra vez y apoyó la cabeza en un brazo. Le llegaba el olor dulce y húmedo de la tierra; notaba en la espalda el golpe cálido del sol. No sabía si la nube blanca y gorda que venía flotando desde el sur habría llegado ya a su altura. Se quedaría allí quieto y con-

taría hasta cien..., no, hasta cien era demasiado, la mente no aguantaría tanto una mañana como aquella; contaría hasta cincuenta. Luego levantaría la vista, y si la nube estuviera en todo lo alto, pues entonces no sabría qué hacer, pero sería la monda. A lo mejor echaría a todo correr hasta el arroyo y saltaría para cruzarlo, aunque fuera en lo más ancho. Metió una mano en el bolsillo de los pantalones cortos y palpó las canicas nuevas de ágata, sin parar de contarlas. Una somnolencia deliciosa se apoderó de él. El recuerdo del desayuno calentito que se había comido lo llenó de paz. No sabía si lo tenía todavía en el estómago, o ya había pasado a formar parte de la sangre y el músculo. Un desayuno así tenía que ser muy bueno para la salud. Cerró la mano del brazo que tenía estirado debajo de la cabeza, formó un puño para poner a prueba los músculos. Sí, lo notaba fuerte, de eso no había duda. Si seguía comiendo esos desayunos, llegaría el día que no tendría que aguantar bobadas de Finch ni de ninguno de sus hermanos, ni siquiera de Renny. Cabía esperar que Meg siguiera metiéndose con él, pero Meg era chica. A una mujer no se le podía pegar, ni aunque fuera una hermana.

No oyó paso alguno que lo pusiera en guardia. Solo notó que lo atenazaban dos manos de hierro. Sorprendido por la sacudida que le dieron, se halló de pie, delante de su hermano mayor, que lo miraba con cara de pocos amigos. Los dos perdigueros que Renny tenía a sus pies se abalanzaron sobre Wakefield, empezaron a lamerle la cara y casi lo tiran al suelo, de puro contento al ver que era él.

Renny no le soltaba el hombro, y preguntó con insistencia:
—¿Qué haces ganduleando aquí? Tendrías que estar en casa del señor Fennel. ¿Sabes qué horas son? ¿Dónde tienes los libros?

Wakefield quiso zafarse. Hizo caso omiso de las dos primeras preguntas, porque le decía el instinto que la tercera sería menos peliaguda.

—Me los dejé ayer en casa del señor Fennel —dijo en voz baja.

—¿Que te los dejaste en casa del señor Fennel? ¿Y cómo diantre ibas a hacer entonces los deberes?

Wakefield lo estuvo pensando un instante.

—Para la clase de latín, tenía un libro viejo de Finch. El poema ya me lo sabía. La clase de historia iba a ser más de lo mismo, así que me daría tiempo a pensar algo que decir cuando tuviera que hablar de Cromwell. Y claro, el pasaje de las Sagradas Escrituras lo podía sacar de la biblia que tiene Meg en casa —puso el alma en la respuesta, con un brillo de los grandes ojos oscuros—, y justo estaba haciendo las cuentas de memoria cuando tú llegaste. —Miró a su hermano a la cara con toda la intención.

—Todo muy verosímil. —Pero Renny no acababa de tenerlo claro, que era de lo que se trataba—. A ver, Wake, no quiero ser duro contigo, pero tienes que esforzarte más. ¿Tú te crees que le pago al señor Fennel por las clases para que te diviertas? El que estés delicado para ir al colegio no es excusa, y no puedes andar por ahí como un animalillo salvaje, sin nada en la cabeza que no sean las ganas de jugar. ¿Qué tienes en el bolsillo?

—Canicas..., pero solo un puñado, Renny.

—Dámelas.

Renny abrió la mano, y su hermano pequeño sacó las canicas del bolsillo a regañadientes y las puso en la palma abierta. Wakefield no tenía ganas de llorar, no era eso, pero su sentido de lo dramático lo llevó a derramar unas lágrimas

cuando le estaba entregando a su hermano aquel tesoro. Era capaz de llorar cuando le venía en gana. Bastaba con cerrar mucho los ojos un momento y decirse una y otra vez: «¡Ay, es terrible, tan terrible!», y le subía el llanto. Pero cuando se le metía en la cabeza no soltar una lágrima, no había maltrato que lo obligara a hacerlo. Ahora, mientras dejaba caer las canicas en la mano de Renny, decía para sí en secreto la fórmula mágica: «¡Ay, es terrible, tan terrible!». Le tembló el pecho con un suspiro, notó el latido en los músculos de la garganta, y enseguida, las lágrimas le corrieron por la mejilla como gotas de lluvia.

Renny se metió las canicas en el bolsillo.

—No me lloriquees. —Pero no lo dijo con mala intención—. Y asegúrate de que no llegas tarde a cenar —añadió, luego siguió con su paseo y llamó a los perros.

Wakefield sacó el pañuelo que su hermana le había metido en el bolsillo, limpio y doblado todavía en un cuadradito, y se enjugó las lágrimas. Vio la figura elevada de Renny en la lejanía, y, después de que su hermano se volviera para mirarlo por encima del hombro, salió al trote en dirección a la casa del cura. Pero ya no corría con la libertad de aquella mañana y volvía a ser un chico de nueve años, esbelto y de piel cetrina; volvía a ser un azogue, con unos ojos grandes de color castaño que no le pegaban a la cara angulosa, vestido de chaqueta de *tweed* y pantalón corto verde, y medias verdes que dejaban al aire las rodillas morenas.

Cruzó el campo, saltó una valla de listones combados y echó a trotar por la vereda zigzagueante que discurría en paralelo al camino de tierra. Enseguida apareció la fragua entre dos olmos majestuosos, llena de entrañable bullicio. Una oropéndola volaba de un árbol a otro, y, cuando cesaba el rui-

do metálico del yunque, el ave derramaba la dulce cadencia de su canto. Wakefield se detuvo a la puerta a tomar aliento.

—Buenos días, John —saludó a John Chalk, el herrero, que le recortaba la pezuña a un percherón de patas peludas.

—Buenos días —dijo Chalk, y levantó la vista con una sonrisa, porque Wake y él eran viejos amigos—. Qué día más bueno hace hoy.

—Bueno para el que tenga tiempo de disfrutarlo. A mí me esperan un montón de clases hoy.

—Será que esto que estoy haciendo no es trabajo, según tú, ¿no? —replicó Chalk.

—Bueno, pero es un trabajo bonito. Un trabajo interesante. No como la historia y las reds.

—¿Qué son la «reds»?

—Las redacciones. Tienes que escribir hablando de cosas que no te interesan. Fíjate, el último tema fue «Un paseo primaveral».

—Pues muy difícil no tiene que ser, porque acabas de darte uno.

—Ya, pero eso es distinto. Cuando te sientas a escribir sobre eso, parece una estupidez. Empiezas diciendo: «Salí a pasear una bonita mañana de primavera», luego ya no se te ocurre nada más que escribir.

—¿Por qué no escribes sobre mí?

Wakefield soltó una risita burlona.

—¿Y quién iba a leer nada sobre ti? Esto de las reds es para que lo lean, ¿no comprendes?

Se hizo imposible la conversación por un breve espacio de tiempo, mientras el herrero clavaba la herradura en el casco. Wakefield aspiró el olor delicioso a pezuña quemada que flotaba en el ambiente y que casi se podía cortar.

Chalk dejó caer la pata que había estado herrando y dijo:

—Hubo alguien que escribió un poema sobre un herrero. «Bajo la frondosa rama de un castaño», así empezaba. ¿Lo has leído? Seguro que lo escribió para que lo leyeran, ¿eh?

—Huy, ya sé qué poema es. Una memez como la copa de un pino. Además, no era un herrero como tú. No se emborrachaba y le ponía el ojo morado a su mujer, ni pegaba a sus hijos...

—¡Oye, tú! —lo interrumpió Chalk, muy alterado—. Sin ofender, mira que te tiro el martillo.

Wakefield dio un paso atrás, pero dijo, cargado de razón:

—Ahí lo tienes. Eso demuestra que lo que digo es cierto. No eres el tipo de herrero sobre el que se pueden escribir poemas o redacciones. Tú no eres bello, y el señor Fennel dice que hay que escribir sobre cosas bellas.

—Vale, bello no seré, eso es verdad —reconoció Chalk a regañadientes—. Pero no soy tan malo como me pintas.

—¿Y cómo te pinto? —Wakefield asumió la misma agudeza de maestro de escuela que tenía el señor Fennel.

—Como si no se pudiera escribir sobre mí.

—Vale, pues entonces, imagínate que escribo lo que sé de ti, Chalk, y se lo entrego en una redacción al señor Fennel. ¿Te gustaría?

—¡Lo que me gustaría es tirarte el martillo como no te esfumes! —exclamó Chalk, que empujaba el corpachón de la yegua para sacarla afuera.

Wakefield esquivó con agilidad el gran flanco moteado que se le venía encima, luego echó a andar, todo digno, y llegó al punto en el que el camino desembocaba en una calle improvisada. Se había quitado un peso de encima, iba livia-

no y etéreo. Al llegar a la altura de una casita con su valla de listones de madera, vio a una niña de seis años sentada en precario equilibrio en lo alto de la puerta.

— ¡Oye, Wakefield! — chilló, jubilosa —. Anda, ven y colúmpiame. ¡Colúmpiame!

— Pues nada, amiguita. — Wakefield accedió al ruego con alegría —. Columpiada serás, *ad infinitum*. *Verbum sapienti*.

Zarandeo la puerta, y la niña se reía al principio, luego empezó a chillar, y al final acabó dando entrecortados sollozos, porque la columpiaba cada vez más rápido, y ella apenas si se sostenía en lo alto, pegada como una lapa a la madera.

Se abrió la puerta de la casa, y salió la madre.

— ¡Déjala en paz, niño malo! — gritó y corrió a socorrer a su hija —. ¡A ver si vas a ir a tu hermano!

— ¿A cuál de ellos? — preguntó Wakefield y se apartó de la valla —. ¿No ve que tengo cuatro?

— ¿A cuál va a ser? Pues al mayor, a quién si no: el señor Whiteoak, dueño de esta casa.

Wakefield pasó a las confidencias en ese punto.

— Señora Wigle, yo que usted, no lo haría. A Renny le fastidia horrores tener que castigarme; como estoy débil del corazón, por eso no puedo ir al colegio. Y me tendrá que castigar si se lo dice usted, claro, aunque fue Muriel la que me pidió que la columpiara, y jamás lo habría hecho si no hubiera creído que sabía columpiarse, según me pareció cuando pasaba. Además, a lo mejor a Rennie no le haría gracia saber que Muriel estaba destrozando la puerta al columpiarse en ella, y puede que le subiera a usted el alquiler. Es un hombre muy suyo, de los que se vuelven contra uno cuando menos se lo espera.